

#CompreLiteraturaTucumana

A primer olfato

ÁLVARO ASTUDILLO MATTALIA



Este cuento forma parte de la próxima antología
Quiquirimichi de Álvaro Astudillo Mattalia.

Edición y corrección: **María José Bovi.**

Maquetación: **Prospectiva**

con tipografía Alegreya de **Juan Pablo del Peral.**

Ilustración: **Martín López.**

Diseño de Tapa: **Marcos Nahuel Escobar.**

— ¡ATENTOS! —dijo Cuatro— llega otra cadena de Whatsapp.

El gato siamés observó la consola con los ojos bien abiertos. Accionó una palanca, presionó un botón verde, uno azul, y de un extremo salió una hoja impresa. Siete y Catorce se aproximaron a la bandeja y leyeron: «Pasaron en CNN la noticia. Apagar los celulares esta noche, desde las 12:30 am a 3:30 am por una radiación cósmica que pasará cerca de la Tierra. Apagar los celulares y no ponerlos cerca de sus cuerpos porque causará daños... Por favor pasarlo a familiares y amigos».

Siete tomó el papel con la punta de la uña y se lo extendió a Tres.

— Asegúrate que Cinco revise la ortografía y estilo y que Diecinueve imprima 5.000 folletos. Los necesitamos para la reunión de la madrugada. Que no sature los colores y no utilice rojo, el otro día se olvidaron de lo mucho que nos cuesta ver ese color.

Tres es un gato del sur de la ciudad que ellos llaman “Gatópolis”, trabaja como cadete en una imprenta al otro lado del río. Un edificio gris, de laberínticos pasillos, sin ventanas, impregnado de olor a tinta y papel. En la fachada, un cartel de Coca-Cola sirve de señuelo para desviar la atención de las conspiraciones que allí se tejen y destejen. En busca de un punto que revele algo sobre aquellas criaturas contradictorias, apasionadas y crédulas; que comparten en las redes sociales cadenas de lo más fantásticas e inverosímiles: ellos son la raza humana.

Papel en mano, Tres corrió por el largo pasillo que lleva al área de edición. Cinco, una gata carey con aires de señora fina, levantó la vista de la pantalla, examinó el papel, transcribió el contenido en la computadora, lo destrozó con sus garras y agradeció al gato con una sonrisa. Tres saludó con la cabeza, volvió tras sus pasos y se detuvo en el gran galpón de la imprenta. Algo en ese lugar le erizaba los pelos del lomo. Ingresó, con el sigilo característico de los gatos, y tomó con las uñas un folleto de la reunión pasada: «Acaba de salir un comunicado oficial por parte de Pepsi que no consuman Seven-Up, porque le echaron ácido muriático por error y ya van 8 muertos. Ojo. Es un comunicado oficial. Avísale a la familia por favor. Hagamos cadena con familiares y amigos para precaución».

Sonrió.

— ¡Estos humanos! —exclamó—. Me asombra su creatividad. Nosotros somos bastante simples y nos asustan los cambios, entonces no nos gusta para nada ser creativos, algo tendrán que ver nuestras siete vidas.

— ¡Tres, fisgoneando como siempre! —interrumpió el siseó de un gato de aspecto callejero, con el doble de su tamaño y una cicatriz que le surcaba la cara —. Veo que es incontrolable tu curiosidad.

— Diecinueve, ¿cómo estás? Venía justo de corrección y quería ver las prensas —dijo—. El texto para la próxima impresión está listo, Siete quiere las copias para esta misma noche.

Sin mediar palabra, Diecinueve le bufó y tiró un zarpazo. Tres dio un salto hacia atrás y corrió por el pasillo con la cola erizada. Le parecía más largo que al comienzo de la jornada.

Oyó a lo lejos una alarma, venía de la sala de máquina y una luz amarilla comenzó a parpadear. Apuró el paso, entró y encontró a Cuatro agazapado en el suelo.

— Empezó a levantar temperatura, me olvidé de vaciar la bandeja de entrada —dijo con un hilo de voz— Siete va a matarme.

Sin pensarlo Tres accionó palancas y presionó cuanto botón encontró en el aparato, hasta optar por tirar del cable con las garras para desenchufarlo. La consola soltó un ruido parecido al freno urgente de un automóvil, la alarma dejó de sonar y las luces de parpadear. Cuatro seguía en el suelo, los ojos cubiertos con las patas y el cuerpo tembloroso.

—¡Wilson! —canturreó la niña moviendo el plato con alimento—. El gato se levantó y corrió en pos de la melodía infantil. Se frotó contra los

pies vestidos con soquetes de puntillas y ronroneó.

—Portáte bien —dijo y lo peinó con los dedos— hoy tenemos que salir al supermercado con mis papás, voy a traerte muchas cosas ricas. Luego desapareció como lo hacía todas las tardes excepto dos días por semana.

Wilson terminó su comida y regresó al sillón, hora de seguir con su larga siesta. Subió de un salto, rasgó la tela del tapizado y, seguro de su comodidad, dio un giro, se sentó sobre sus patas y cerró los ojos.

En la consola había un papel con caracteres que Tres no pudo comprender, lo tomó con sus garras y lo escondió en su collarín.

— ¡Pst!, Cuatro, ya pasó el peligro, logré vaciar la bandeja de entrada y la consola está funcionando —dijo y sacudió los bigotes—.

— ¿De verdad Tres? —dijo Cuatro descubriéndose los ojos—. Se incorporó, agradeció y volvió al trabajo.

Tres recordó cada palabra del folleto de la imprenta, debía averiguar más sobre el mensaje. Decidió volver a corrección y hablar con Cinco. Tomó el pasillo, que ahora era aún más largo.

-¿Te acordás del mensaje sobre las gaseosas? —preguntó al llegar— y de inmediato reparó en la biblioteca.

—Vagamente —respondió la gata— y siguió con sus profundos ojos las acciones de Tres.

El gato no prestó atención a la respuesta de Cinco. Le despertó curiosidad la biblioteca. En ella entre varios manuales de estilo y diccionarios, un libro llamó su atención, tenía los mismos caracteres que vio en la consola, el título “Aprenda Japonés en solo cuarenta pasos”.

Alargó la pata para sacarlo y la gata lo detuvo.

—Tres, ya sabés que esos libros los manejo yo.

—Disculpá —dijo— tenés razón, en cuanto al mensaje...

—Te dije que no recuerdo y en todo caso no sé mucho al respecto —dijo Cinco—.

—Me llama la atención la creatividad...

—Estoy ocupada —interrumpió— y se puso a escribir en la máquina.

Tres, aprovechó la distracción de la gata, se hizo con el libro y de un salto volvió al pasillo que lo condujo a la cocina desierta. Tenía hambre, igual que siempre. De un salto subió a la mesada en busca de alimento, encontró algunos restos de galletas y no fueron suficientes.

Bajó y decidió probar suerte con el basurero, abrió la tapa. ¡Bingo! Una gran lista de delicias para comer: un yogurt a medio terminar,

una lata de atún casi vacía, papeles, bolas de pelo, una cáscara de banana y latas de gaseosa. Olfateó la cáscara y con una mueca de asco la dejó de lado. Jugó con las latas vacías, lamió todo el contenido del yogurt y comió lo que pudo de las paredes de la lata de atún. Se sentó y limpió sus bigotes. No estaba satisfecho.

Se echó en el suelo y se entretuvo mientras dos cucarachas grandes de color caramelo jugaban con una mancha de humedad en el techo.

Wilson esperó todo el día pero la niña no lo llamó a comer, ni siquiera había comida en su plato, había chequeado varias veces entre siesta y siesta. Ningún humano había estado en la casa. Reflexionó sobre ello mientras utilizaba la caja de arena. Entonces llegó la hora de su salida nocturna y tuvo que hacerla con la panza vacía. El gato no en-

tendía qué pasaba, la ausencia humana tan prolongada era algo a lo que no estaba acostumbrado.

Las cucarachas se fueron y la mancha de humedad sola en el inmenso techo blanco parecía más grande. Echado en el piso frío de la cocina se preguntó: ¿por qué una multinacional envenenaría una bebida que consume tanta gente?

Algo olía muy raro. Bostezó y se lamó los genitales. Tenía trabajo que hacer, llegar al fondo del asunto era primordial. Abrió el libro y revisó las páginas en busca de los caracteres que contenían el mensaje, eran japoneses. Luego de un difícil trabajo logró llegar a una traducción: «El mensaje del ácido muriático en las gaseosas es real, advertir a sus humanos». Tres sintió un vuelco en el estómago.

Corrió en busca de los otros gatos, siguió el pasillo hasta llegar a la

gran sala de conferencias, un lugar amplio con tarimas para albergar a todos los gatos de la ciudad. Estaba repleto, Siete dirigía la reunión.

— Es real, el mensaje es real. — interrumpió Tres.

— ¿Qué cosa? — dijo Siete.

— El mensaje de la gaseosa con ácido muriático.

— Lo sabemos, estamos haciendo un experimento.

— Pero morirán.

— Los que no hagan caso al mensaje o no les llegue, sí, daño colateral le llaman.

Tres comenzó a sentir que se le se- caba la boca, trató de calmarse ronroneando pero sin éxito.

— ¡No podemos hacer eso! — maulló—.

— Ya lo hicimos — dijo Siete con malicia—.

Tres se encontró arrinconado por los gatos. Empezó a maullar fuerte, con angustia, como el llanto de

un bebé humano. Peleó a zarpazos pero no pudo defenderse, un golpe de Diecinueve, un fuerte dolor, y todo se volvió negro.

Al volver de su caminata nocturna, Wilson encontró la casa vacía. Sin embargo el plato de comida estaba lleno y el agua limpia. Y no había rastros de la niña.

Olfateó el plato y acto seguido comenzó a comer, masticó el alimento, tragó y volvió al sillón. Se acostumbraría a la ausencia.

El experimento resultó ser exitoso.

La impresión de este libro estuvo a cargo de
Monoambiente Editorial. Enero de 2019.
San Miguel de Tucumán / Argentina.